



# TESIS PARA UNA IZQUIERDA POSIBLE

*Miguel PORTA PERALES*

**E**ntre el deseo y la realidad —o entre lo que se quiere y se puede— hay siempre un cierto hiato. Y cualquier reflexión sobre un tema como el de la izquierda ha de tener en cuenta la existencia de este hiato. ¿Por qué? Porque en un tema como éste no sirve absolutamente de nada el predicar y/o repetir las falsas seguridades de siempre y los viejos tópicos de siempre. En cierta manera, las líneas que siguen no tienen ninguna otra pretensión (una pretensión bien modesta, por cierto) que la de ofrecer una serie de ideas susceptibles de definir y caracterizar lo que podría ser una izquierda a la altura de los tiempos y aires que hoy corren y soplan.

Antes de indicar las características generales que, a mi entender, habrían de definir a la izquierda de nuestros días, querría «advertir» lo siguiente: apuesto —y sin ningún tipo de problemas ni remordimientos— por una izquierda laica, reformista y posibilista. Es posible que alguien me tilde de revisionista, de socialdemócrata y de tibio. Asumo estas «acusaciones» sin ningún tipo de complejos. Y aún advierto lo siguiente: hoy cualquier proyecto de transformación/mejora social ha de ser —realidad obliga— revisionista, reformista, posibilista y tibio. Y aún querría añadir otra cosa: los

proyectos de transformación no reformistas, es decir, los proyectos llamados «revolucionarios», acostumbran a no ser otra cosa que pura retórica, pura literatura. Y con retórica y literatura no se va a ningún lado. Lo que interesa, pues, es aproximarse a los elementos característicos de una izquierda posible que sea capaz de reconciliarse con la realidad y que, también, sea capaz de transformarla.

### Una izquierda laica

Una izquierda laica no significa otra cosa que una izquierda secular, una izquierda alejada de ortodoxias poco menos que inviolables, una izquierda que inspire su práctica en cualquier teoría siempre y cuando esta teoría tenga alguna cosa positiva que ofrecer. Ahora bien, si es cierto que se trata de alejarse de cualquier religión teórica, no es menos cierto que la izquierda ha de tener una teoría, una concepción del mundo que sirva de «guía» o de fuente de inspiración. Y, puestos a decir, creo que la visión del mundo (la teoría) de una izquierda laica debe encontrar su fundamento en dos pilares: el pilar posmarxista y el pilar posliberal.

¿Por qué el prefijo «post»? No se trata de un mero recurso literario, se trata de señalar (y de desmarcarse de) las inconsistencias de ambas teorías o concepciones del mundo. ¿De qué inconsistencias hablamos? Por ejemplo, y por lo que hace al marxismo, de las siguientes: de la teoría del valor trabajo (especialmente del intento de establecer los precios de producción partiendo del valor); de la teoría de la caída tendencial de la tasa de beneficio; de la creencia en la progresiva pauperización de las «masas»; de la fe en el proletariado como sujeto único y privilegiado del cambio social; de la concepción del Estado y el capitalismo como intrínsecamente perversos; de ideas como «revolución», «dictadura del proletariado», «centralismo democrático», etc. Y, por supuesto, la izquierda habría de olvidar la convicción de que es posible conseguir la autoidentidad y la reconciliación humanas en un hipotético paraíso sobre la Tierra en el que todos seríamos felices. Por lo que hace al liberalismo conviene destacar las siguientes inconsistencias (o «defectos», si se quiere): el ponerse al servicio de intereses particulares de una manera que tiene mucho de depredadora; el limitarse casi exclusivamente a problemas formales olvidándose de los materiales; cierta interpretación restrictiva de los principios de libertad e igualdad, etc. Se trata, en fin, de superar (de ir más allá) aquella práctica liberal que hizo exclamar a Gladstone que el liberalismo era una «aristocracia abierta» (pero aristocracia, al fin y al cabo).

Ahora bien, el hecho de criticar algunos aspectos del marxismo y del liberalismo no significa que, *tout court*, rechacemos ambas teorías. Se trata de «quedarse» con ciertos elementos positivos de ambas teorías. Por ejemplo, y respecto al marxismo, se trata de saber

ver que —a pesar de la crisis del marxismo— la teoría de Marx, el marxismo, es un pensamiento sobre la realidad que puede ofrecer algunos elementos susceptibles de fundamentar una práctica emancipatoria consciente. Más en concreto —e independientemente de la función política e ideológica que haya cumplido el marxismo— se trataría de «rescatar» algunas ideas que todavía son productivas. Ideas como las siguientes: la relación existente entre economía y sociedad (idea fundamental para construir una teoría del cambio social), el materialismo histórico, etc. Y con el liberalismo sucede algo parecido: se trata de rescatar —y hacer realidad, hacer cumplir— aquellas características del liberalismo, o de la teoría liberal, que hoy resultan poco menos que imprescindibles: soberanía individual, mercado, democracia, pluripartidismo, reconocimiento —al modo kantiano— de la dignidad moral de la persona, etc.

En cierta manera, se trataría de «unir» marxismo y liberalismo, de socializar el liberalismo (los valores liberales, para ser más exactos) democratizando las estructuras sociales (las productivas, por ejemplo) para universalizar el disfrute de libertades fundamentales. Y además de socializar los valores liberales ( y de realizarlos, lo repito) se trataría de ver que liberalismo e izquierda no son excluyentes, que el espíritu radical del liberalismo es perfectamente asumible por la izquierda.

### **Una izquierda autópica**

Contrariamente a lo que se ha pensado y se ha dicho (y a lo que aún se piensa y se dice en algunos sectores) la izquierda ha de ser autópica. ¿Por qué? Porque han quebrado los supuestos sobre los cuales se sustentaba ( o se había de sustentar) la utopía, y porque la utopía no ha resultado ser otra cosa que una visión mítico-mágica del mundo.

El primer supuesto entrado en crisis es el de la autoidentidad humana o sociedad reconciliada. Según este supuesto —heredado de la Ilustración— es posible construir conscientemente un orden social no escindido y sin conflictos en el que poder realizar la identidad de lo que es público y lo que es privado, del Estado y la sociedad civil, del desarrollo individual y del colectivo, etc. Pero hoy ni tan sólo es necesario pedir ayuda a la psicología, a la biología o a la etología para constatar el carácter mítico del postulado antropológico de la autoidentidad humana. La naturaleza humana, en fin, es bastante menos idílica y seráfica de lo que los ilustrados pensaron, y el conflicto permanente es uno de los elementos que mejor caracterizan a la mencionada naturaleza humana. Y la sociedad, en consecuencia, sólo se ha podido «reconciliar» artificialmente por medio de la coacción y el despotismo. Y corroborar esto no es difícil: basta tan sólo ojear las revoluciones que en el mundo han sido.

Otro supuesto entrado en crisis es el de la fe en el desarrollo científico y en la expansión económica como fuentes de bienestar creciente y generalizado. Uno y otra —desarrollo científico y expansión económica— no parecen, hoy por hoy, que puedan superar ciertos límites. Y no sólo eso, sino que en el caso del desarrollo científico se está generando una tecnología (de la informática a la genética) susceptible de ser usada como un nuevo, sutil, versátil y sofisticado instrumento de dominación y control.

Ahora bien, la utopía ha entrado en crisis no sólo como consecuencia de la crisis de los supuestos sobre los cuales debía edificarse, sino también por mor de tres ausencias de trascendental importancia: ausencia de un modelo en el que inspirarse (pues las «utopías» realizadas son paradigmas de lo que no hay que hacer); ausencia de un sujeto capaz de protagonizar el proceso de realización de la utopía (pues la clase obrera —el sujeto tradicional— está perfectamente integrada en el existente y aspira a mejoras que le permitan instalarse más cómodamente en la realidad); y, paradójicamente, ausencia de proyecto utópico en los colectivos que dicen querer la utopía (pues los utopistas se mueven hoy entra la gestión de lo existente y el más puro negativismo que excluye el referente utópico). Sin base objetiva sobre la que tomar cuerpo, y sin condiciones subjetivas que la favorezcan, la utopía ha entrado en fase crepuscular.

La cuestión que ineludiblemente se nos plantea es la siguiente: ¿es buena o mala esta ausencia de utopía? Contrariamente a lo que se suele afirmar, vivir sin referente utópico (esto es, en una sociedad autóptica) es saludable y necesario. Y esto es así por dos razones fundamentales: porque la utopía exige el sacrificio del presente en favor de un ilusorio supermundo futuro, y porque la utopía no esconde otra cosa que una concepción mítico-mágica del desarrollo histórico en la que el absoluto religioso de un más allá ultraterrenal ha sido sustituido (secularizado) por la fe (en el sentido religioso del término) en una sociedad paradisiaca situada más allá del presente. ¿Cómo negar el carácter necesario y saludable de una conciencia autóptica que permita evitar la mistificación y la ilusión mágico-religiosa inherente a toda utopía? Ahora bien, el hecho de tomar partido por una sociedad y una conciencia autópticas no significa, ni mucho menos, la renuncia a un proyecto de transformación del mundo, aunque sea modesto y no prometa acomodarnos en el plan-glossiano mejor de los mundos que, frívolamente, puede profetizar cualquier utopía falta de todo fundamento. Y es que ni los sueños ni las fantasías sirven para orientarnos. La izquierda, en fin, ya no puede permitirse el lujo de ser utópica.

Tradicionalmente, y en la línea señalada por los clásicos del marxismo, siempre se había creído que la transformación social era una cosa del proletariado y para el proletariado. Hoy, sin embargo, ya nadie cree que el proletariado (¿existe?) sea la clase universal; y si se cree, en cambio, que la misión transformadora/ revolucionaria que la «historia» habría encargado al proletariado no es más que un simple postulado que poco tiene que ver con un análisis objetivo de la realidad. En pocas palabras, el futuro de la izquierda y de la transformación social no se puede ligar únicamente a la clase obrera. Y es que la transformación social que propugna la izquierda o será la aspiración de una amplia capa de individuos de las más variadas actividades y categorías que persigan la instauración de orden social alternativo, o no será. Dicho en otros términos: el proyecto de la izquierda no puede ser el sueño de un reducido número de ciudadanos, sino que ha de ser una aspiración ampliamente compartida. El proyecto de la izquierda, en consecuencia, se ha de diseñar desde una perspectiva amplia y pluralista que tenga en cuenta los deseos, intereses y aspiraciones del amplio abanico de capas sociales hoy existentes.

El no privilegiar a ninguna clase o capa social —y, por favor, que nadie diga que al no privilegiar a nadie se está privilegiando al capital— tiene, por así decirlo, una ventaja añadida: permite escaparse de tentaciones corporativas. El creer que hay una capa o clase privilegiada implica que cualquier política que vaya contra los intereses (reales o imaginarios) de esta capa o clase ha de ser rechazada. O lo que es lo mismo: los intereses personales de esta capa o clase están, por definición, por encima de los de otras capas o clases. Y por ahí se puede colar el corporativismo, un corporativismo que una política de izquierda debería evitar.

El interclasismo nos plantea la siguiente cuestión: ¿qué hacer con los sindicatos? En otros términos: ¿se puede llevar a cabo un proyecto de izquierdas en contra de unos sindicatos —a mi entender cada día más corporativos— que privilegian los intereses de una clase (en realidad de una fracción de clase)? Mi respuesta es que hay que intentar tal cosa. Y hay que intentar también que, como alguien ya ha dicho, los sindicatos no se transformen en meros colegios profesionales o gremios.

Una cuestión más o menos ligada al interclasismo es la de los llamados nuevos movimientos sociales (ecologistas, pacifistas, feministas, etc.). ¿Qué tipo de relaciones ha de mantener la izquierda con estos movimientos? Mi respuesta es la siguiente: los movimientos no pueden substituir a los partidos, y el movimiento-partido es una mala opción. Se trata, en síntesis, de una colaboración dialéctica que ha de cubrir los siguientes objetivos: los movimientos, en lugar

de automarginarse complacientemente, deberían avanzar hacia los partidos e intentar «reconvertirlos» (es decir, intentar que los partidos asumieran, no sólo electoralemente, las reivindicaciones de estos movimientos); y los partidos, en lugar de mantenerse en su orgullo de partido, deberían abrirse a los nuevos problemas (medio ambiente, discriminaciones varias, etc.) que hoy se plantean.

En cualquier caso, se trata de conseguir que los partidos se hagan más permeables y se abran a una sociedad que se plantea la resolución de problemas hasta ahora «inexistentes». Y la responsabilidad de los partidos —la responsabilidad de la izquierda— es grande, porque si se obvian los nuevos problemas se corre el riesgo de fosilizar una institución —el partido político—, y una idea —la idea de izquierda— indispensables para construir un mundo más habitable y más racional. Que, en el fondo, es de lo que se trata.

### **Una izquierda democrática**

Cuando hablamos de una izquierda democrática estamos hablando de una izquierda que no se deje engañar por una supuesta democracia real que sería la perfección hecha realidad. Dicho en otros términos, la izquierda ha de apostar por la democracia llamada burguesa o formal, que es la única democracia que existe.

Contrariamente a lo que se suele creer, la democracia no es ningún ungüento que todo lo arregla, la democracia es —y no es poco— un sistema de gobernar que permite que los diversos grupos e intereses existentes se manifiesten libremente. Y la democracia es también, como dice Bobbio, un «conjunto de reglas de procedimiento que permite tomar decisiones selectivas a través de un debate libre y del cálculo de la mayoría». La democracia es esto, ni más ni menos. Y de esto a decir que la democracia es el sistema que puede resolver todos los problemas e instaurar el bienestar y la justicia sobre la Tierra hay una distancia abismal. La democracia, a fin de cuentas, no es más que el arte de mediar entre las partes, un arte al que no se le puede pedir aquello que no puede dar.

Si la democracia resulta ser un arte formal, ¿no debería la izquierda buscar una alternativa a esta democracia formal? Respuesta: nunca nadie ha concretado (ni, por supuesto, ha visto) la llamada democracia real. Y todavía hay más: detrás del concepto de democracia real no se esconde sino el intento de transformar en hegemónicos los intereses particulares de una capa o clase o de sus pretendidos dirigentes. Y deberíamos tener mucha precaución a la hora de apostar por una democracia «alternativa» a la formal. Dicho en otros términos, en la «lucha» por suprimir los «defectos» de la democracia formal se corre el riesgo de eliminar no sólo los «defectos», sino también la propia democracia.

¿Contentarse con la democracia formal? La cuestión no es exactamente ésta. La cuestión reside en hacer que la democracia formal funcione correctamente. ¿Cómo? Pues haciendo funcionar correctamente todos los mecanismos que el sistema democrático brinda: sistemas de control y contrapesos que limiten los abusos de poder; crítica pública y desocultación; profundización y ampliación de los canales de intermediación política, etc. Y ésta es una faena que la izquierda ha de llevar a cabo.

En cualquier caso, han de quedar claras un par de cosas: que las reglas del juego democrático —con sus «limitaciones» y su carácter «formal»— son el único criterio válido para establecer, sin ilusiones y sin mitos, qué es una democracia; y que la democracia no redimirá los pecados de nuestra sociedad ni nos conducirá al paraíso. Pero, pese a todo, la democracia es un valor en sí que hay que defender, porque es el mejor arte de mediar entre las partes.

### **Una izquierda reformista**

Como no se trata de pelearse por conceptos, entiendo por «reformismo» lo que más o menos se puede encontrar en cualquier diccionario político: la suposición de que las sociedades han de cambiar, pero han de cambiar por/en sucesivas reformas. Se trata ahora de concretar (o de intentar concretar) los rasgos esenciales de lo que hoy podría ser una política de izquierda reformista (que, entre paréntesis, es la única posible. Y deseable).

1. Una política económica dirigida a los siguientes objetivos: reducción de la tasa de desempleo y fomento de la inversión productiva; fomento de los sectores terciario, cuaternario y quinario (educación, sanidad, cultura, servicios, etc.); reducción de la jornada laboral y flexibilidad laboral; crecimiento cualitativo (satisfacción de necesidades) y no sólo cuantitativo; economía ecológica respetuosa con el medio ambiente y con los recursos no renovables; y economía en la que la democracia (codecisión, participación en el diseño y elección de opciones, etc.) tenga su lugar.

2. Una política social vertebrada en torno a los siguientes ejes: antidiscriminación (igualdad de oportunidades, superación de la desigualdad hombre/mujer, lucha contra la sociedad de los dos tercios, etc.); redistribución (reparto de la riqueza social y cultural generada por la sociedad, fiscalidad progresiva, lucha contra las bolsas de marginación, etc.); y Estado (institución susceptible de llevar a cabo una política redistributiva).

3. Una política europea dirigida a los siguientes objetivos: Europa como zona de paz (una zona de paz que aleje la confrontación bélica del llamado «teatro» europeo, aunque para ello sea necesario

disponer de un «pilar de defensa europeo»); Europa como zona económica transnacional (intensificación de relaciones mercantiles entre países y bloques, liberalización del comercio, etc.); y Europa como unidad política (respetando las especificidades nacionales de este gran mosaico que es Europa).

### **Coda final**

Probablemente, y a la vista de lo aquí expuesto, habrá alguien que haga preguntas como las siguientes: ¿es esto la izquierda? ¿Son de izquierda las medidas que se proponen? ¿No estaremos frente al último revisionismo? ¿No estamos transformando la izquierda en una suerte de liberalismo democrático? A quien plantee este tipo de cuestiones se le habría de recordar un par de cosas. Primera: que el programa de izquierdas típico (y tópico) de las primeras décadas de nuestro siglo no sólo no tiene sentido, sino que sabemos hacia dónde conduce: al totalitarismo. Segunda: que la política redistributiva, la reivindicación de la calidad frente a la cantidad, la igualdad entre los sexos, la protección del medio ambiente, la política de paz, la defensa de la democracia «burguesa», etc., son «cosas» que la izquierda ha de asumir, aunque ello implique no negar el capitalismo.

Los tiempos ya no son lo que eran, y a la izquierda no le queda otro remedio que renovarse, reconciliarse con los tiempos que hoy corren y los aires que hoy soplan. Y, con todos los respetos, quien no sea capaz de aceptar los cambios (y/o mutaciones) que hoy están teniendo lugar no acabará sino incurriendo en una «revolucionaria»(?) política ficción que sólo sirve para aplacar malas conciencias y para «realizar» deseos insatisfechos. En todo caso, la izquierda debería olvidar los viejos fantasmas y ser capaz de sintonizar con la realidad de nuestro tiempo. ¿Deja la izquierda de ser izquierda al apostar por una visión laica del mundo, por la autopía, por el interclasismo, por la democracia formal, por el reformismo, etc.? Pienso que no. Lo que ocurre es que la izquierda —sin olvidar la vieja aspiración de transformar la realidad— necesita conectar con la realidad para, precisamente, poderla transformar.

¿Los viejos tiempos? ¿Las revoluciones pendientes? ¿Las seguridades y certezas de otros tiempos? La izquierda no debería caer en la trampa de despreciar o infravalorar el proyecto de una izquierda reformista que, al fin y al cabo, es la única posible.